



Ayuntamiento de Madrid

Dib. GARRIDO.—Madrid

—Pero, Marcelo, nunca me habías dicho que tenías un primo peliculero.  
—No: porque desde que se fué a Hollywood estamos algo distanciados.





# BUEN HUMOR



## PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

#### UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

### ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

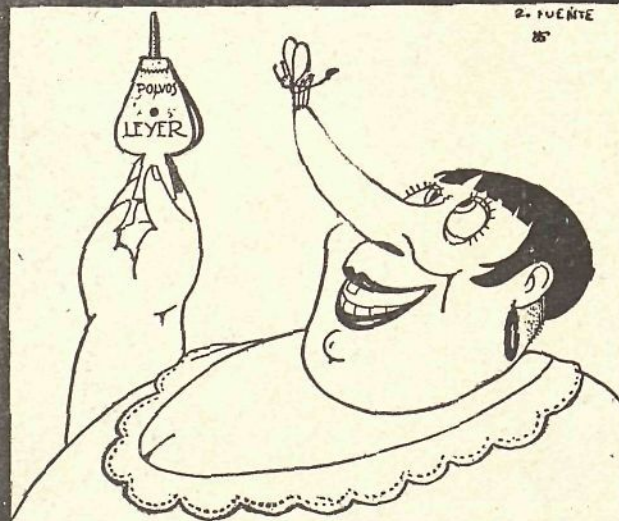
Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

### REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL  
DE  
FUMAR  
**BAMBÚ**



LOS TAMOS  
POLVOS INSECTICIDAS  
**LEYER & COMP<sup>a</sup>**  
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA  
CLASE DE INSECTOS





# SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

Núm. 7. —¿Sobre qué versó la conferencia?

AS ESPAÑA

Núm. 8. —No reprendas en esa forma a la chica.

Amenidad  
La solución

Núm. 9. —¿Quién es ese?

Y U  
500 Regla 500  
HECHO  
500

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASA-TIEMPOS del mes de febrero

XX



SOMBREROS  
BRAVE  
6 · MONTERA · 6

XX



XX



Núm. 10. —¿Qué estás poniendo ahí?

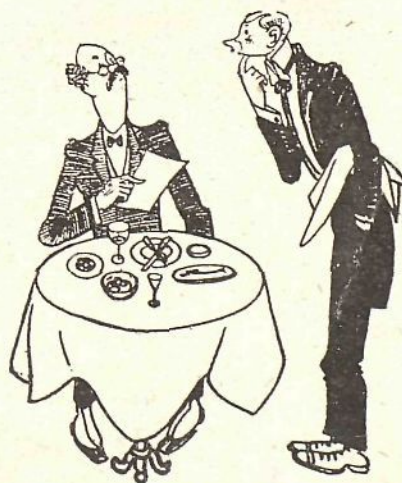
21 12

Núm. 11. —Charada.

—Prima prima, me ha dicho aquel hombre de la faja cuarta segunda que le dejase coger un prima tercia cuarta.  
—Ese parece todo y se mete en casa.

Núm. 12. —Después de una mala faena...

Ducado Cabo Pincha



—Mozo: en la factura me pone usted 14 pesetas en lugar de 13.  
—¡Ah, señor! Perdona; creí que era usted supersticioso...



# TRICOPILO ESTRAGUES

Usandolo dejara de caerle el cabello y hará que renazcan las hebras perdidas excitando su vitalidad.—B. Estragués.—San Anastasio, 12, BADALONA. — De no encontrarlo en su perfumeria, contra giro postal de 8 pesetas, lo remite el autor.

## EMBROCACIÓ "HÉRCULES"

LINIMENTO suave y limpio  
Cura REUMA, DOLORES,  
GOLPES, CONTUSIONES,  
LUMBAGO, ETCÉTERA.

Unico producto español que es fá-  
cil y absorbible por la piel, de-  
jándola blanca y fina.

VENTA: Principales Farma-  
cias y Centros farmacéuticos  
Autor: G. Fernández de Mata  
La Bañeza (León)



## PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

## TAPAS

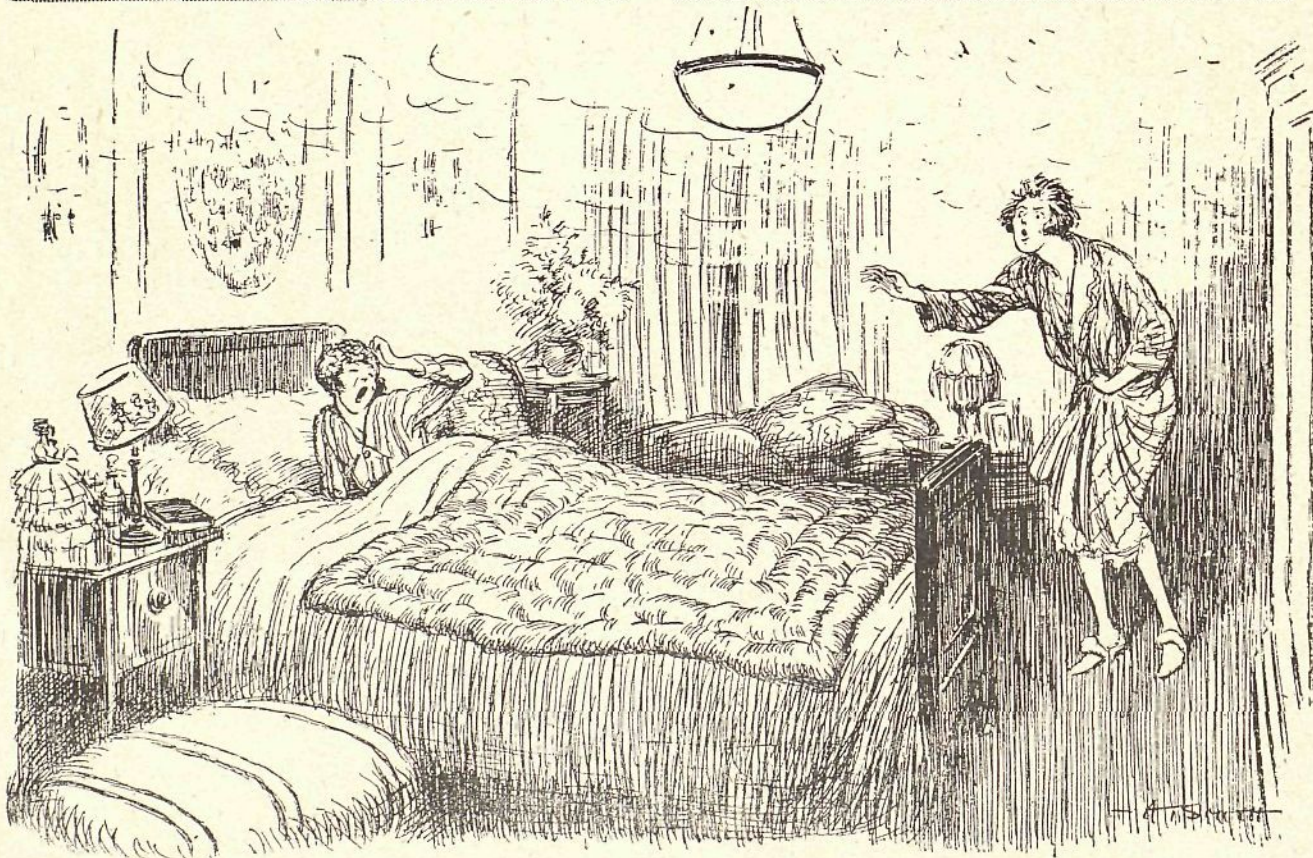
para encuadernar colecciones  
semestrales de

## BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario a  
tres pesetas una. Se envían certificadas si al remitir el  
importe acompañan 0,30

## BUEN HUMOR lo vende en la ISLA DE CUBA CULTURAL, S. A.

PROPIETARIA DE  
La Moderna Poesía, Pi y Margall, 135  
y  
Librería Cervantes, Avenida de Italia, 62  
HABANA



La doncella.—¡Pronto, señorita, levántese! ¡Hay fuego en la casa!

La señorita.—¡Oh, qué lástima: El pyjama más bonito lo tengo en la lavandera!

De London Opinion.

Ayuntamiento de Madrid





## Mi médico y su mujer

**N**o me hable usted de mi matrimonio con Alicia—me dijo lleno de ira el doctor Felipe Segura—. Ese matrimonio y el haber llevado cuello de pa-jarita durante cuatro años son las equivocaciones más grandes de mi vida. ¿Quién iba a decirme que aquella chiquilla delgada, simpática y dicharachera que conocí en mis años de estudiante, iba nada más que por el transcurso de unos años a convertirse en esa cosa antipática, fea y gruñona que es hoy mi mujer?

—¡Hombre! Tanto como eso...

—No trate usted de disuadirme. Si en aquella época, a la que me acabo de referir, alguien me hubiese vaticinado ese brusco cambio, yo hubiese cogido a ese alguien para hacerle tragar unos cuantos litros de amoníaco. Pero... ¡la vida guarda unas sorpresas!

Hubo una pausa.

—Y lo que más me saca de tino—prosiguió el médico—es que las mujeres, todas ellas—no crea usted que hago excepción con ninguna—, son los seres más testarudos y más difíciles de educar que hay en el mundo. Mi caso puede demostrarlo.

Ya creo que le he contado que conocí a Alicia en esa época de los dieciocho años, en que la única ocupación de los jóvenes—aparte de la de aprobar una asignatura, jugar al billar y vender los libros—es la de enamorarse rendidamente. Y yo me enamoré de Alicia. Y para que mi perdición fuese mucho más completa, a nuestros padres les dió por oponerse a una boda que nosotros proyectamos desde el primer instante. Pasó así mucho tiempo. Hasta que, al fin, una mañana de mayo, y no sin te-

ner antes que embutirme dentro de un chaquet y que encasquetarme una chistera, me encontré con que era el esposo de Alicia. ¡El esposo de Alicia! ¡Y para toda la vida!

Emprendimos el viaje de novios, y, en el mismo departamento del tren en que lo realizábamos, me di ya perfecta cuenta de que Alicia era completamente idiota.

Pero ya era demasiado tarde.

Pronto me convencí de la barbaridad que había cometido, y de que mi esposa no era, ni mucho menos, la mujer ideal. Era curiosa, mal educada y más fea de lo que me pareció en un principio. Idolatraba el baile y los callos a la madrileña.

—Tengo que educarla a mi manera; será el único modo de vivir en paz—pensé.

Y aquella misma noche, cuando ella dijo no sé qué tontería, yo levanté mi bastón y le di catorce golpes en la región escapular derecha. Dos mañanas más tarde la propiné otra buena tanda de palos. Y, ya para no perder la costumbre, le golpeé casi constantemente: por la mañana, por la tarde, a media noche, a la hora del desayuno...

Va a hacer de esto unos quince años; quince años en que no he dejado de golpearla ni un solo momento. ¡Quince años continuos a bastonazo limpio! Pues bien; créame: mi mujer sigue lo mismo que antes. No he conseguido que cambie de carácter; y por ello es por lo que le decía hace un momento que es inútil querer educarlas. No se consigue nada. Si acaso, lo que yo: gastarse unos cuantos cientos de pesetas en comprarse bastones. ¡Si viera los que llevo rotos! Y es que está visto: ¡no se puede ser humanitario con las mujeres! ¡Es inútil!

—¿.....?

—Sí; que no se puede ser humanitario.

—¿.....?

—¿Cómo que no soy humanitario? ¡Ya lo creo! Sepa usted, señor mío, que yo podré pegar a mi esposa, pero que soy incapaz de hacer daño a una mujer.

—¿.....?

—Sí, señor. Antes de golpearla la adormezco con el cloroformo...



Dib. SILENO.—Madrid.

CARLOS

FERNANDEZ CUENCA



# JOTAS DE CALATORAO

Tomadas al oído por un buen amigo nuestro.

No pué haber cosa más rica  
que haber nacio baturro,  
rezále a la Pilarica  
y tener mujer y burro.

\*\*\*

Te vide una vez blincar  
el arroyo de la güerta,  
y na más de recordálo  
los niervos me se distiemplan.

\*\*\*

Premita Dios que te mueras  
y que vayas al infierno,  
pa que vean los demonios  
que eres pior que tóos ellos.

\*\*\*

La muia quié más cebada,  
y mi chica quié otro traje.  
¡Ridiez, y qué caro cuesta  
mantener dos animales!

\*\*\*

Si dejamos de querénos  
por cualisquiera tontá,  
me degüelves mis abrazos,  
yo a tú los tuyos, y en paz.

\*\*\*

No vayas, maño, al treato  
aunque te dén el billete,  
porque cantan tóos a un tiempo.  
¡Huy, qué locura de gente!

\*\*\*

Si vas a Calatayud,  
pregunta por la Dolores,  
¡y ya verás el leñazo  
que te atizan si no corres!

\*\*\*

Eres más tozuda, maña,  
que el a'guacil de Alagón,  
que se empeñó en tener crios  
siendo manco, ¡y los tuvié!

\*\*\*

Miá tú si será de ley  
y constante mi cariño,  
que aunque me dices veneno,  
no me lo tomaba, y listo.

\*\*\*

Contimpará te tenía  
con la probe de mi madre...  
¡Con la gorriná que has hecho,  
no sé a qué contimparáte!

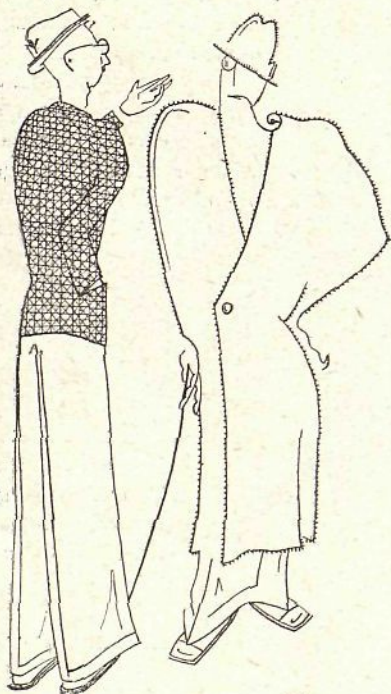
\*\*\*

Cuando se muera mi suegra  
tendrè un disgusto muy grande,  
pas me dará mucha pena  
que no se haya muerto antes.

\*\*\*

Sé que vas a confesáte  
mañana de madrugá.  
¡Como le cuentes tóo al cura,  
ya tiés pa un ratico, ya!

X. X. X.



Dib. ORTEGO.—Madrid.

—A mí no me gusta comer.  
—¿Por qué?  
—Porque me gusta el apetito.

## LA DERROTA

Aún no hace mucho tiempo que en estas mismas elegantes y arquitectónicas columnas referí a mis lectores la historia de Pepito Santurce, el hombre de estómago más voraz de todos los que he conocido en mi existencia.

Pues bien: hoy trato de referirles un caso completamente inverso: el de Cleopatro Navascués, el famoso ayunador, tan conocido por todos los públicos de las grandes ciudades y tan conocido por sus parientes.

Cleopatro Navascués había nacido en Rusia en aquel famoso año del hambre, y ya entonces demostró lo que iba a ser más adelante. Cuando apenas tenía cuatro meses, apoyó por solidaridad la huelga del hambre que estaban practicando unos presos de Moscú—acusados de haber asesinado a un vendedor ambulante de pastillas de goma de segunda mano—, y se estuvo sin mamar la friolera de cinco meses.

Más adelante, cuando, una vez muertos sus padres, vióse en el trance de escoger una profesión y decidióse por la de poeta

lírico, Cleopatro Navascués supo, por dolorosa experiencia, lo que es **estarse** sin comer siete meses, tres semanas y cuatro días. Y así durante meses y meses, en que el Destino le hizo estar sin poder llevarse a la boca más que la mano, y eso cuando iba a estornudar en presencia de alguna persona.

Hasta que, en estas condiciones, enteróse de que un famoso ayunador polaco ganaba sumas fabulosas sólo con hacer dentro de una urna lo mismo que hacía él dentro de su infecta buhardilla. Y se decidió a hacerle la competencia.

Debutó en la barraca de una verbena de Francfort con un éxito verdaderamente fabuloso, y bien pronto, ascendiendo lentamente de escenario en escenario y de pista en pista, llegó a ser el ayunador favorito del público, el que se disputan todas las Empresas y el que gana más dinero de todos los del mundo. Papás a su lado era un hambrón. El ayunador polaco bien pronto se encontró desprovisto de toda clase de contratos y tuvo que dejar el oficio.



Pasó el tiempo. Cleopatro Navascués estuvo en un circo de Serbia, donde ayunó ciento veinticuatro días, y desde allí, sin deglutir más que un ligero bocadillo de anchoas, se dirigió a otro, de Burdeos, en el que estuvo sin comer otra igual cantidad de tiempo. Pero su faena cumbre la realizó en Berlín, donde, por apuesta con un famoso médico, no sólo estuvo sin alimentarse cerca de quince meses, sino que al acabar el ayuno le faltó tiempo para tragarse dos frascos de aceite de ricino, so pretexto de que tenía un poco cargado el estómago.

El caso de Cleopatro trascendió a la Prensa mundial, y fueron numerosísimos los doctores que estudiaron en él como en un caso clínico. Y no menos que a los médicos preocupaba a los padres de familia. ¿De qué medio se valdría este hombre para permanecer durante tanto tiempo sin llevarse nada a la boca? ¡Oh, si ellos supieran el secreto!... ¡Se acabaron las estrecheces! Pero Cleopatro no descubría a nadie su misterio, misterio que le había hecho ser el único ayunador que quedaba en el mundo. Los demás, derrotados por la fama de Cleopatro Navascués, tuvieron que seguir la conducta del ayunador polaco y retirarse a la vida privada.

Y entonces fué cuando él pensó que después de vencer a todos sus colegas, había llegado la hora de la retirada. Y la misma noche en que iba a llevarla a efecto, sucedió lo que tenía que suceder, lo inevitable.

Y lo inevitable fué que unos momentos antes de empezar la función le anunciaron la visita de unos desconocidos. Eran sus antiguos compañeros de profesión, que acudían a saludarle. Venían rotos, pálidos y sucios.

—¿Qué tiempo es el mayor que has resistido sin comer?—le preguntaron.

—Quince meses!—contestó él.

—¿Y dices que eres el ayunador que más resiste del mundo? ¡Embustero! ¡Tramposo!

Cleopatro Navascués no tuvo más remedio que bajar la cabeza; estaba vencido.

¡Porque sus compañeros de profesión no habían podido llevarse nada a la boca desde que, mucho tiempo antes, él, con su prestigio, les arrojó de los circos en donde trabajaban!

MANUEL LAZARO



Dib. SERNY.—Madrid.

—¿No ha trabajado usted nunca en la pantalla?

—No, señor; he trabajado sólo en la "bombilla".



# La inesperada solución de un pasatiempo

Aunque la confesión que voy a hacerles a ustedes es seguro que me hará perder en su concepto parte de mi valor intrínseco (que viene a sumar unos veintiséis reales, benévolamente contados), ha llegado el momento de estampar en estas rígidas columnas la susodicha confesión... El caso es que a mí me gustan las charadas, los jeroglíficos, los acrósticos y demás adivinanzas casi tanto como el arroz con gallo (y no digamos con Belmonte), con la ventaja de que las adivinanzas, los acrósticos, los jeroglíficos y las charadas sueño encontrarlas con más facilidad en mis paseos por el mundo que el mencionado y riquísimo arroz, que no lo encuentro ni con facilidad, ni con dificultad, ni siquiera con almeías.

A mí no hay charada que se me resista,

ni jeroglífico que se me pueda poner tonto, ni comprimido que encierre misterios para mi sabiduría. Yo a todo le encuentro la solución; y aunque sería mejor que le encontrase la solución a mi problema con el casero y con el noble español que me confecciona los gabanes, yo prefiero encontrársela a las otras cosas, que me es más fácil, más barato y mucho más agradable, aparte de que lo del casero y lo del sastre hace tiempo que he pensado que lo solucione Rita, que es la santa mujer que soluciona los imposibles categoricos.

Volviendo, pues, a mi afición por los pasatiempos periodísticos, voy a tener la elegancia de hacer constar que he alcanzado ruidosos triunfos en innumerables concursos, que he sacado las soluciones

más absurdas y que sólo una vez he tenido un fracaso, del cual no me he consolado todavía.

Aún se recuerda en Cuenca el éxito mío con el siguiente jeroglífico:

12121212 GIGANTE ARAGONES

Ni el gobernador, ni el alcalde, ni el juez, ni el vecindario en masa, ni los forasteros que por casualidad había en Cuenca, acertaron a dar con la solución, que era sencillamente ésta:

¡Un dos! ¡Un dos! ¡Un dos! ¡Un dos!  
¡¡Alto!!...

Cuando se comprobó que yo tenía razón, se me ovacionó, se me premió, se me abrazó, se me osculó y se me nombró hijo adoptivo de la localidad por doce votos contra once mil quinientos; pues aunque estos últimos fueron los que votaron para que no se me nombrase, como los doce primeros eran los votos de las autoridades, el resto de los habitantes se tuvo que chingar y bajar las once mil quinientas cabezas, porque el que manda, manda, y hemos terminado.

Otra vez, en un café de Las Hurdes, me presentaron el siguiente y pavoroso pasatiempo:

!!!SERENO!!!

Nadie acertaba con la solución, a pesar de decir el autor que era el título de una novela. Y solamente yo descorrí el espeso velo del misterio, afirmando rotundamente que la solución no podía ser más que una:

Un grito en la noche...

Desde aquel día fui nombrado maestro de escuela de Vicálvaro, cargo que dejé al año siguiente para dedicarme a pescador de sanguijuelas.

En otra ocasión me cubrí de gloria penetrando en el insondable arcano del jeroglífico que expongo a continuación:

SOMBRERO SIN COPA NOVELA  
DE ALVARO RETANA

Cuya solución exacta e indiscutible era ésta:

A la basura...



Dib. ACILU.—Madrid

—Mi hermanito el pequeño ya habla; dice unas cuantas palabras.

—¿Y qué palabras son?

—¡Ah! Unas que no le he oído decir antes a nadie.



También es digno de anotarse mi brutal acierto con el siguiente pasatiempo, inserto en un periódico comunista (publicado con censura eclesiástica) de la lejana capital de Castro Urdiales:

GABAN DE WEYLER — WEYLER  
+ 1 REAL

Ante el asombro de todos los circunstantes, obtuve, a los dos minutos, la siguiente solución:

*Treinta y cinco céntimos...*

Y desde entonces fui considerado como el más célebre y meritorio pasatiempista de ambos hemisferios.

\*\*\*

Llegué a convertirme, de solucionista, en autor de pasatiempos y a cobrar mi trabajo a un precio exorbitante en las revistas ilustradas de Yugoslavia y Groenlandia.

Mi más famosa obra fué el jeroglífico que subsigue:

CATARROS TOS ASMA BRONQUITIS

¿Pero querrán ustedes creer que nadie, pero lo que se dice nadie, acertó con la solución?... ¡Y, sin embargo, la solución para esto la tenían en los mismos periódicos, porque era, sencillamente, la

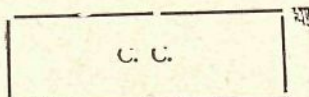
*Solución Pautauberge!...*

Me apenó la poca penetración de la gente.

\*\*\*

Ahora bien: lo que verdaderamente me apenó y me desconsoló fué, como dije al principio, mi único fracaso, que no por ser único dejó de ser vergonzoso para mí y para mi universal fama de solucionista colosal e irrefragable.

Ello fué que en un periódico de Nápoles apareció la tarjeta que copio:



Y debajo la siguiente aclaración:

*Nombre de un célebre marino genovés conocido por su nuevo mundo.*

¿Ustedes qué solución hubieran dado a este problema?

No me lo digan ustedes, porque lo voy a decir yo. ¡Ustedes habrían dicho lo que yo afirmé, lo que yo creía que había que afirmar: ¡que ese socio no podía ser más que uno!...

¡Cristóbal Colón, claro!...

Pero, ¡ah, señores!, no era Cristóbal Colón.

Era un tal Carlino Capello.

Y las razones que se aducían en la solución eran éstas:

Que Carlino Capello era marino y Colón no era más que un tío entendido en Geografía, que se embarcó como se embarca mucha gente: porque hay marinos que los conducen.

Que Carlino Capello era genovés, y Colón cada día estamos más convencidos de que no ha sido genovés en su vida.

Y que Carlino Capello era conocido por su nuevo mundo porque había inven-

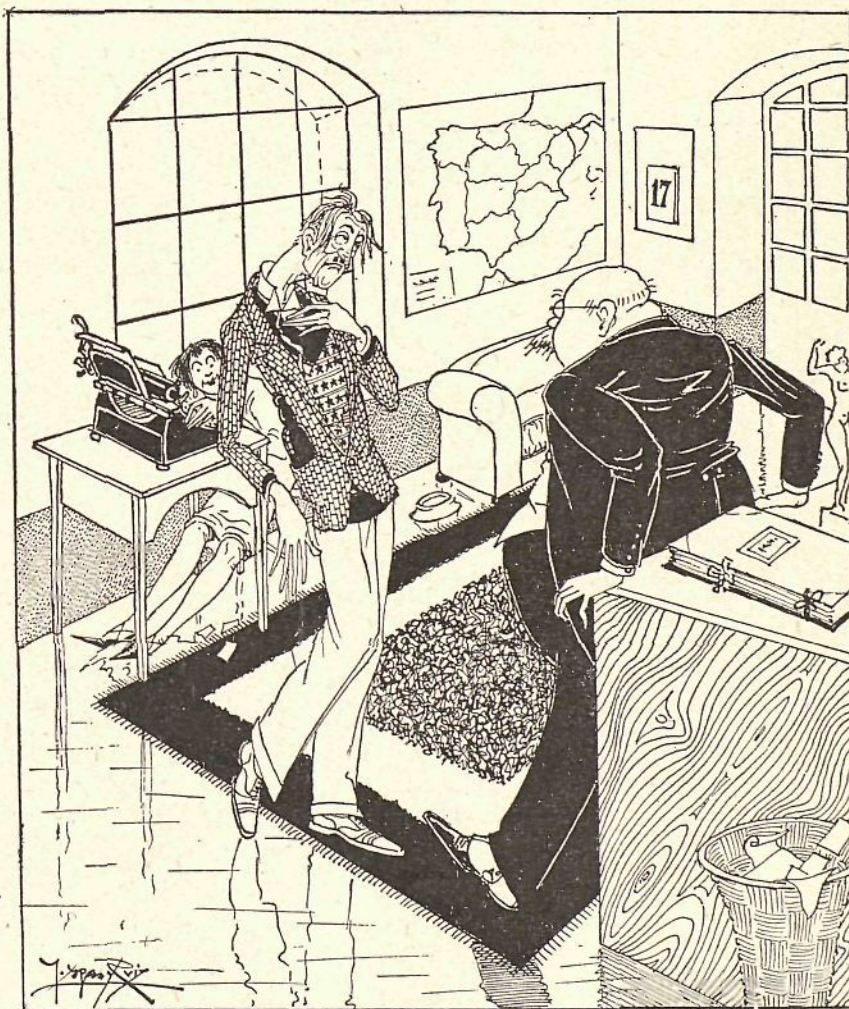
tado un baúl novísimo para llevar la ropa sin arrugar, mientras que Colón no había inventado mundo ninguno, aparte de que América ya estaba inventada cuando él la descubrió.

Convencido de la lógica de todo esto, no me quedaba más solución que la de llorar mi fracaso.

Y eso es lo que hice durante un año, al cabo del cual opiné que había que conformarse con el destino.

Y como mi destino era una temporería en Hacienda, me conformé y seguí asistiendo a la oficina con la triste puntualidad que me caracteriza.

ERNESTO POLO



Dib. LÓPEZ RUIZ.—Madrid.

EL PADRE.—¡Otra vez borracho! Como sigas por ese camino vas a tener el mismo final que un perro.

EL HIJO CURDA.—No digas tonterías, papá. ¿Crees que por beber me va a salir rabo?



# T' R A M P A N T O J O S

## INFLUENCIA DE LAS MARCAS

Las marcas que se colocan a los objetos dedicados al comercio tienen gran influencia en quienes los adquieren. La seducción de los perfumes, más que por su olor, por su nombre, es ya proverbial, pues ha ocasionado más de diez mil lances el perfume titulado "deme usted un beso", y no ha habido marido al que no escame el olorcillo titulado "el perfume de él".

La sopa de miradas, origina tales flirteos en toda comida en que se sirve, que ha sido desterrada en las casas de la buena sociedad londinense, y no hablemos del papel higiénico titulado *Remember*, ni de las camisas

*Pompadour*, ni de la influencia que tienen en la venganza por amor los calcevínes que figuran en el mercado con el nombre de *Otelo*.

¡Cuántos crímenes pasionales se han debido a que él llevaba calcetines *Otelo*!

## NUEVOS LOCOS

Acaban de aparecer dos clases de locos nuevos.

Uno que es el loco usurero y da un cigarro debiendo devolversele dos y otro el loco de los bofetones que ha inventado la liga de la bofetada, misterioso cóncave contra los turistas de los manicomios, en los que siem-

pre habrá un loco que esté obligado mediante juramentación a dar un bofetón al fisgadero de los manicomios.

"Ya era hora—dice la circular—de la locura de que acabase ese oprobioso turismo que visita constantemente los manicomios."

## REGALO HIGIENICO

Iba a ser el santo de Manolito que esperaba con ingenua emoción el regalo de aquella madrina *estrafalaria*, pero riquísima.

Tardó en aparecer, haciendo que el pobre niño se cansase en zambear por los pasillos, acudiendo a la llamada del panadero, lechero y chico de los telegramas.

Por fin la madrina se anunció y abrazó al niño, apretándole contra el paquete de su regalo.

—Nada... Un modesto regalo higiénico... Una esponja mecánica que lava y frota a los niños de arriba abajo sin necesidad de que nadie la maneje.

Manolín—que así se llama el niño—cogió la esponja mecánica y haciendo buena puntería con su madrina la limpió un ojo.

## PREMIO DE CARRERAS A PIE

Era desconocido entre los profesionales del pedestriismo aquel muchacho bronceado, flaco, de piernas de liebre seca.

Le tocó ser el número 13, pero no le preocupó la coincidencia porque tenía gran confianza en su éxito.

La mirada de recelo que caracterizaba al corredor desconocido le daba un carácter sospechoso que no se sabía cómo interpretar. Parecía temer que le hiciesen mal de ojo los que estaban a su alrededor.

Dada la señal, el hombre cetrino y larguirucho era el que más ventaja les llevaba a todos, vallando de zancadas el camino.

Y llegó el primero y batió el récord porque su secreto era que había sido ladrón durante diez años, el ladrón que huye de la Policía como alma que se lleva el demonio.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA



Dib. GILLOA.—Madrid

—¿Cuán'to me quieres, Luis?

—Tanto como tú a mí.

—¡Huy, qué poco!...





Dib. RAMÍREZ.—Madrid.  
—Mira hija mía: vas a hacerme el favor de cambiar de rojo, porque cada vez me siento peor en el estómago.



# Dos cókteles bajo la lluvia

Un hombre pequeñito y gris se empujó nerviosamente hasta lograr poner sobre el mostrador del "Sharketoow Bar" estas misteriosas palabras:

—Don Cipriano, estreno de traje.

El *barman* inició una manipulación silenciosa. Entre sus dedos disciplinados, botellas rojas y azules, frascos amarillos y anaranjados, redomas verdes y violeta, matraces rosados y jaldes se quitaron el sombrero y se inclinaron sobre la cókterera reluciente. Inesperada, la yema de huevo resbaló de su camisa abierta, un vaivén apresurado desenchufó la cókterera como un anteojo y la voz del *barman* advirtió gravemente:

—"Saratoga". Dos pesetas.

El hombre pequeñito y gris bebió su ración de audacia, suficiente y necesaria para disipar el santo horror al traje nuevo. Con unos gramos más de bíter o de ginebra, don Cipriano lo mismo hubiera conseguido hacerle estrenar un impermeable plisado o una sotana con trabilla...

Y es que, verdaderamente, don Cipriano Díaz era un ser extraordinario. Llegó a Pando un día cualquiera —nadie sabe de dónde—, con un bastón de bambú, un bigote rubio y unas polainas de cuero. Adivinó en seguida la gran sed de audacias que angustia a aquel pueblo, tímido y vacilante por temperamento, y decidido a explotarla se quedó en Pando para toda la vida. Escudriñó las peculiaridades de todas las bebidas alcohólicas. Midió, pesó, destiló, analizó, experimentó, calculó, combinó... Y un buen día desplegó en el "Sharketoow Bar" su maravillosa baraja de cókteles específicos: para brindis de banquetes, para declaración amorosa, para bailes, para exámenes de Cosmografía o de Álgebra, para visita de pésame, para comprarse calzado o corbatas, para dos horas, para seis, para veinticuatro...

Pando, el hurafío y triste puerto norteño, que le había presentado y le esperaba como a un Mesías, se le en-

tragó desde el primer momento. Y fué feliz, injertado de Jauja.

Hasta que un día...

\*\*\*

Fué en el mes más estúpido y vacío del año: en noviembre. La lluvia terca e inevitable del otoño astur esmerilaba la ciudad, y los taxis, húmedos y brillantes como chanclos, patinaban sobre el barro despaivoridos con su banderita en la solapa.

En el mostrador del "Sharketoow Bar" coincidieron dos señores. Uno, el más viejo, paralelo a un paraguas que lloraba puntos suspensivos sobre el pavimento ajedrezado del *bar*, manifestó sombríamente:

—Don Cipriano, visita de pésame.

El otro, que se envolvía en una *trinchera* color de funda de organillo, pronunció con cierta jovialidad esta extraña frase:

—Don Cipriano, declaración amorosa.

Don Cipriano maniobró unos momentos y ofreció dos esbeltas copas iguales, con su rubia pajita al hombro.

\*\*\*

El señor del paraguas entró en un portal, embarrado y húmedo como un meandro de la calle, y subió los peldaños de la escalera de dos en dos. Apenas recordaba que por aquel mismo camino había bajado definitivamente su amigo Rosendo Vega y que, allá arriba, en un cuarto lleno todavía de olor a cera y a jarabe de azahar, esperaba su voz condolida y sedante la viuda del amigo. Al hundir el botón del timbre, un absurdo chisporroteo de alegría le indujo a reproducir la *copita de oje*.

Encontró a la viuda de Vega acurrucada en un sofá escuálido. En la noche prematura de la sala blanqueaban aún las butacas rechonchas, en peñador.

—Leandra...

—Casimiro, ¿es usted?... ¡Cuántos recuerdos tristes me evoca su presencia!—gimió la desventurada dama.

—¿Para qué entristecerse, Leandra? La vida es bella siempre... Aun en noviembre y después de una gran desgracia. Sí; la vida es bella, amiga mía, y yo quisiera inundar la suya de olvido.

—Por Dios, Casimiro. No es posible... Todavía huele la casa al tabaco de él; aun está lleno el pasillo del rumor de sus zapatillas...



Dib. OSCAR.—Madrid.

—Parece que la quiebra del Banco Bernáquez ha sido intencionada.

—¿Sí, eh?

—Como que al acabar una diligencia, dijo el juez que faltaban seis asientos en el Banco.



Y tras un sollozo que agitó casi toda la grasa de su cuerpo, la infortunada señora dedicó a su marido este sencillo homenaje:

—¡Ay, mi Rosendo inolvidable, qué bueno fuiste para mí!

—Todos somos buenos, Leandra; todos—comentó el señor del paraguas—. Yo también lo soy bastante... Y, además, soy desgraciado... ¿Recuerda usted aquella bella habanera, Leandra?

"Flor sin perfume, jardín sin flor..."

La voz de don Casimiro creció trémula y emocionada en la oscuridad. La habanera concretaba toda la triste estupidez de su vida: lo mismo que una flor sin aroma, exactamente igual que un jardín desprovisto de flores era la vida sin el amor.

Al extinguirse, dulce y perezosa, la canción, la señora viuda de Vega inquirió con evidente anhelo:

—¿Qué quiere usted decir, Casimiro?

—Que la amo, Leandra... ¡Que te he amado siempre!—confesó con algún balbuceo el señor del paraguas.

Agazapado en la sombra, el sofá escuálido crujía.

\*\*\*

Cuando el joven de la *trinchera* color de funda de organillo entró en el salón de los señores de Martí, Engracia Martí tocaba al piano con tal sentimiento el tango "A media luz", que nadie diría que las lámparas del salón eran de filamento metálico. El joven de la *trinchera*, que ya venía lastrado de dolor, creyó desfallecer de melancolía. La proximidad de la mujer amada no consiguió ahuyentar su tristeza. Jamás le había parecido la vida tan vacía y sin sentido ni había visto tan concreta y segura la muerte inexorable.

Se acercó a ella. Pensaba que bien podría hablarle con el pretexto de volver la hoja, como tantas veces había leído en las novelas.

—Engracia—susurró—, yo acabo de comprender...

—¿Qué, Genaro?—interrumpió, gozosa, con una inefable sonrisa anacrónica, la bella señorita de Martí.

—Acabo de comprender, Engracia, que la vida es sólo una amargura inútil que desemboca en la muerte... Acabo de comprender también el dolor diario de tu existencia, Engracia, y mi corazón te compadece por haber

nacido y se encoge de pena al verte bajar los peldaños de la vida...

—¿Y qué, Genarín?—apremió Engracia urgentemente, como arrojando el último saco de arena del globo de su esperanza.

—Engracia..., que yo no quiero esperar a la muerte. Que yo, Engracia...; que tú y yo, debemos partir hacia ella—concretó el joven de la *trinchera*. Y se alejó con cierto balanceo.

**ALBERTO** Pulseras de pedida  
7, CARRETAS, 7

En medio de la página de música, hinchado por los lentes de sus lágrimas, Engracia leyó el verso inolvidable:

"crepúsculo interior".

\*\*\*

Don Cipriano Díaz apareció asesinado al día siguiente.

La Policía no logró descubrir al asesino. No me extraña. Yo mismo ignoro si fué el señor del paraguas o el joven de la *trinchera* color de funda de organillo.

SAMUEL MURIN



Dib. CUESTA.—París.

—Ayer tarde Aurelio salió con su auto y se despeñó por un precipicio de más de cien metros.

—¡Qué lástima! ¡Con lo bonito que era el auto!





# LO QUE HOY ROBAN LOS LADRONES

el lugar en que habían quedado carro y borriquillo.

Miró...; ¡nada! Observó de nuevo, inquieto y desasosegado... ¡Nada!... ¡Allí no había nada!... El sitio ocupado por éstos lo inundaba el espacio. Primero se restregó fuertemente los ojos; luego tuvo unos segundos de perplejidad, hasta que, pálido y convulso, emprendió una veloz y zigzagante carrera, dando desaforados gritos, como un loco.

Las autoridades hicieron las pesquisas obligadas, y con tanta fortuna, que unas horas más tarde, además de ser habidos carro y borriquillo, comparecía también el ladrón ante el comisario. Los policías reconocieron en él a un afamado y peligroso carterista.

—¿Pero es posible—le interrogaron—que usted, maestro de maestros en su profesión, se dedique ahora a robar pollinos en vez de carteras?..

—Sí, señor comisario; es posible—respondió con voz velada por la emoción—. Acaso cuando conozca usted las causas que me han obligado a deshonorar mi antigua profesión (fijese bien que digo a deshonorarla), me disculpe de que haya venido a ejercer ésta tan baja, tan ruin y miserable, de la que yo tanto me avergüenzo. Nada me importa ya, porque pienso hacer una relación completa y detallada de mis delitos para terminar mis días en presidio.

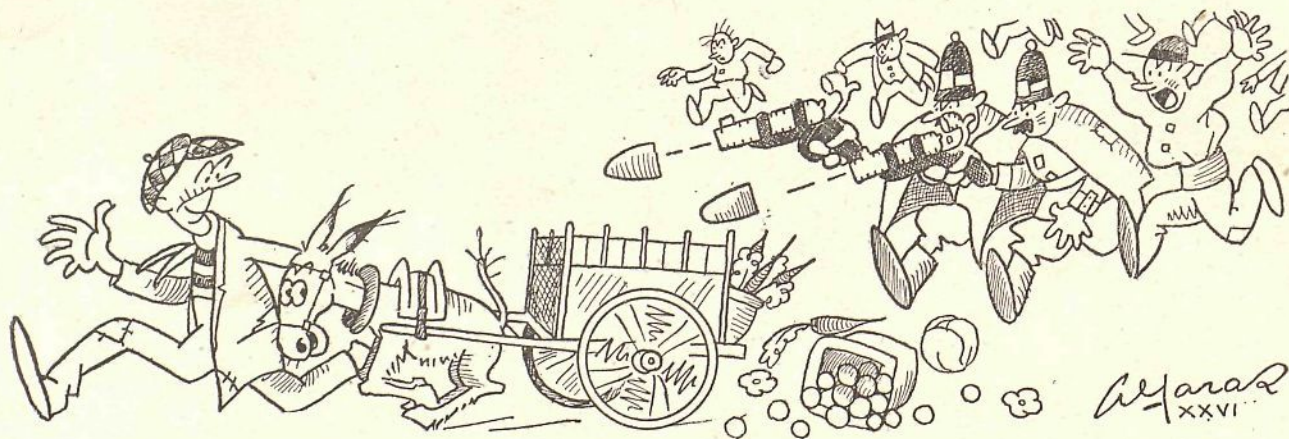


Elevó los ojos, y dibujando en sus labios un rictus de profunda amargura, continuó:

—Antes, señor comisario, se podía ser carterista. Era una profesión elegante y reproductiva. Hacían falta para ejercerla, ¡claro está!, condiciones especiales que no todos poseían: porte distinguido, cierta cultura, don de gentes, habilidad, cautela y una vista de lince para elegir la víctima. Con un “golpe” al mes, con uno solo, ya había dinero suficiente para pasar los treinta días con holgura y hasta para ahorrar unas pesetas... Daba gusto... Mas, de pronto, y sin que pueda explicarme todavía por qué intrincados motivos, la profesión se hizo imposible. En las cincuenta últimas carteras que robé, ¡se lo juro!, no he hallado otras cosas que cédulas personales y papeletas del Monte... Per-

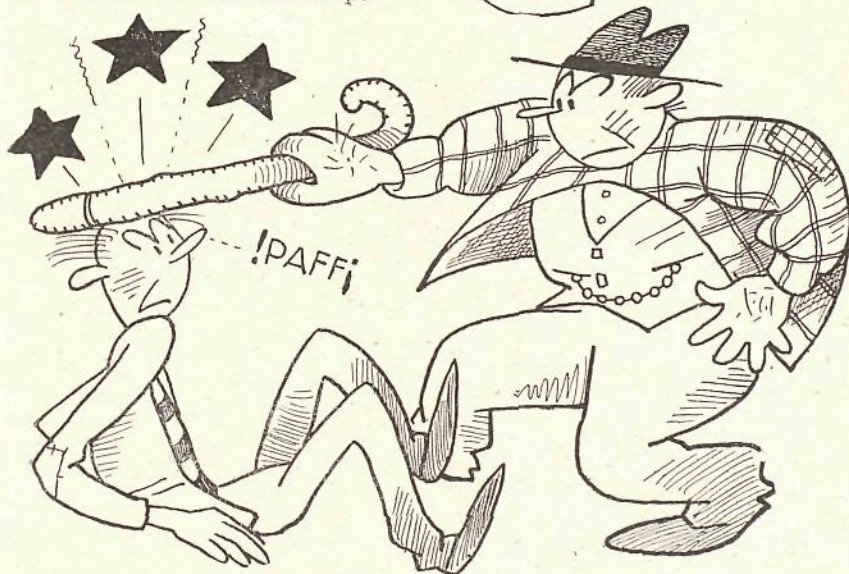
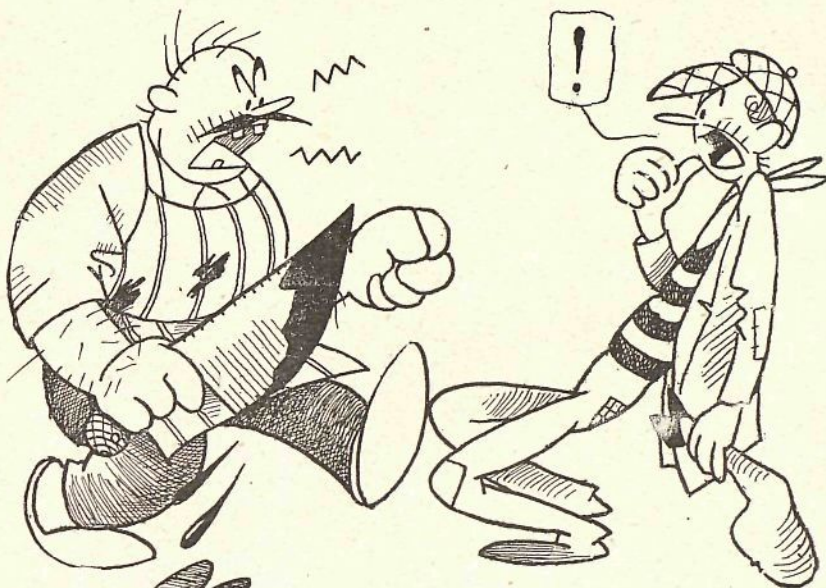
Desde el vecino pueblo de Alcobendas se dirigía hace unos días hacia Madrid un labrador montado en su carrito, rebotante en hortalizas, que iba tirado por un borriquillo simpático y trotón. En las primeras casas de la calle de Bravo Murillo, junto a la glorietta de los Cuatro Caminos, principió la para él grata tarea de vender los géneros a las parroquianas. Una de ellas, a la que seguramente no le agradaba conociesen en la calle su indumentaria casera, le rogó subiera hasta el segundo piso un par de repollos para elegir uno, y el hortelano, complaciente, echó escaleras arriba meditando en lo que habría de recargar el valor de la mercancía para cobrarse el viaje.

Transcurridos unos minutos, ya de regreso, con el risueño gesto a que obliga una buena venta, enfiló hacia





día dinero... Convencido de que los hombres vestidos impecablemente no tenían jamás cinco duros en la cartera, hice objeto especial de mis preferencias a los pardillos de Guadalajara y Colmenar, en la sospecha de que dedicándose a la compra y venta de ganados tendrían las bolsas bien repletas de duros. Mi fracaso fué mayor aún, puesto que, además de no poderles enganchar un billete, porque los llevan pegados con engrudo a la piel, uno de ellos se apercibió un desdichado día de mi faena y me arreó, ¡qué bruto!, tal porrazo en la cabeza, que me dejó la masa encefálica al descubierto... Vivo de milagro... Mis infortunios a partir de esta fecha ya no tuvieron fin... Me he hospedado en todas las celdas de la Modelo; he comido la gallofa del Pretil de los Consejos; he dormido con los hampo-



"Anteayer supe que un compañero había robado un carro con hortalizas procedente de Tetuán, y que le habían dado por él y el borriquito veinte duros. Alucinado por este hecho, procedí a imitarlo y me aposté en la glorieta de los Cuatro Caminos para vigilar el paso de los hortelanos de Tetuán, Fuencarral, Alcobendas, que todas las mañanas vienen a Madrid a vender sus mercancías. Lo demás ya lo sabe usted. Celebro mi mala suerte, porque así no podré repetir esta acción tan abominable... ¡Qué vergüenza!..."

Cesó de hablar, le acometieron unos hipos profundos y prorrumpió en amarguísimos sollozos...

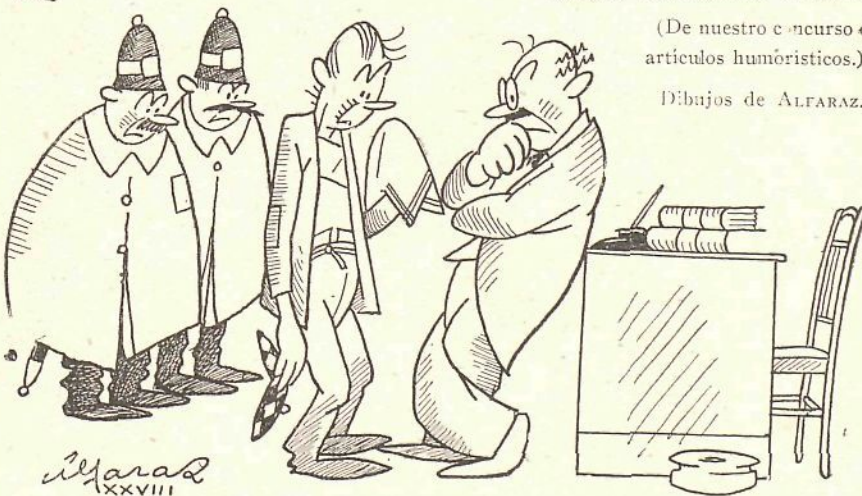
RAMIRO HERRERO PEREZ

(De nuestro concurso de artículos humorísticos.)

Dibujos de ALFARAZ.

nes de Magallanes, y los bancos del Prado han desconyuntado implacablemente mis huesos... Robé ropas en las azoteas, cepillos en las iglesias, relojes, pulseras, sortijas, pendientes y alfileres... Con toda sinceridad he de declarar que en ninguna alhaja de las que sustraje he hallado un diamante legítimo, de esos que dicen proceden de Kimberley o de Goyaz, ni una buena perla de las afamadas de Barheim. Todas las joyas que vea usted por Madrid, se lo aseguro yo, son falsas.

"Al verme perpetuamente engañado, me decidí a robar algo de cuyo valor no me cupiesen dudas, y un día—con qué estupor lo recuerdo, señor comisario—casi me degüella un carnicero porque le robé una hermosa pierna de ternera que tenía colgada en la puerta de su establecimiento...



Alfaraz  
XXXVIII



UN LIBRO DE JARDIEL PONCELA

## PIRULIS DE LA HABANA

"He subtitulado este libro "Lectura para analfabetos" porque siento ya cierta fatiga de oír que en España hay muchos analfabetos y de ver que no se les da nada para leer; así es que brindándoles estas páginas creo cumplir con un deber de conciencia".

Con esta explicación inicia Enrique Jardiel Poncela las regocijantes, hilarantes y archiapatidifusantes páginas del libro que acaba de ponerse a la venta en España, América y gran parte de la Europa central.

Ahora bien; hacemos constar que la adjunta caricatura de nuestro adorado y dilecto colaborador es debida al acertadísimo lápiz de Sirio y que los



Pirulís—que por cierto están como para comérselos—son originales de Sama.

Y ya puestos a hacer constar las cosas, hacemos constar a gritos que "Pirulís de la Habana" es el libro más gracioso de todos los que se han publicado en España desde la lejana época en que pusieron de largo al rey Witiza.

Y conste, también, que esto no es reclamo.

¡A pesar de que el libro esté a la venta en todas las librerías y se le entrega *ipso-facto* al que se gaste dos pesetas, así nosotros se lo mandaremos certificado a todo el que nos remita la modesta cantidad de 2,30!

## ¡ARRIBA LAS MUJERES!

Acaban de preguntarme si opino yo que las hembras deben entrar (o no deben) en la Española Academia; si es justo que haya en su seno (1) Francas, Gutiérrez Gámeras, Quinteras y Sandovalas, Linaras y Cotarelas; y yo respondo en el acto:

—Lo que es por mí, con franqueza, pueden entrar cuando gusten y hacer allí cuanto quieran. ¿Por qué no, si ya se aplican a mil hombrunas faenas, y hasta las tiene en funciones la Nacional Asamblea? Dudábase, allá en mi infancia, de que la mujer sirviera más que para hacer natillas y recoserse las medias; pero hoy, pequeñas y grandes, en todas partes se cuelan, y rigen una oficina

como hacen una menestra. Lo que en muchas observamos es que tienen estupendas cualidades para oficios que los hombres se reservan. ¿Quién duda de que muy pronto habrá grandes ingenieras? Y para hacer en el aire castillos... ¡qué de arquitectas!... Tendremos recaudadoras de impuestos, y fontaneras, astrónomas, sacristanas y buenas mozas... de cuerda. Soldadas puede haber muchas. Conozco algunas (entre ellas la Paz) que, llegado el caso, nos pueden hacer la guerra. Boticarias... no se diga... La farmacia es cosa de hembras y no de hombres, pues no es serio que un mozo altivo y de fuerza se ponga a hacer pildoritas y cocimientos y mezclas, o a machacar, como puede hacerlo una cocinera.

En suma: ya se dedican las damas a las tareas científicas, concejiles e industriales, si se terciara, mejor que el hombre cien veces. ¿Que no? Si alguna tuviera que cantar lo que un canónigo, lo haría al fin, ¿quién lo niega? Pero entregad a un sochantre un niño que nide teta, y, a no ser con un botijo, decidme cómo se arregla... ¿Qué obstáculo hay en las damas para ejercer de académicas, especialmente si aspiran a entrar en la de la Lengua? Dos candidatas fluviales van de un sillón a la pesca: la *Espina* y la de los *Ríos*, de gran prestigio en las letras. Hoy hembras con hombres luchan; mas son superiores ellas. (Y que las hay superiores no hay Cristo que lo desmienta.)

JUAN PEREZ ZUÑIGA

(1) En el de la Academia.



—¡Juro que llegaré hasta el fin! ¡Lo juro!

La dama morena lloraba y musitaba en voz baja: Instantes después, la diligencia seguía su camino.

Y se ocultó el rostro con una caja de galletas.

—¡Dios mío! ¡Eh!

sus labios dejaron escapar esta frase:

Al verle, la dama morena le reconoció sin duda, pues todos los ocupantes de la diligencia.

El enmascarado fué despojando del dinero y joyas a nos a la cabeza.

Obedeciéndole, todos los viajeros se llevaron las manos a la cabeza.

—¡Alto! ¡Manos arriba!

semblante y gritó:

mitad del camino con expresión fiera en el invisible bruscamente de un grupo de álanos, se atravesó en Y ya iba a pasar de allí cuando el jinete, saliendo mos al jinete negro de la hopalanda.

fo en el mundo, llegaba al paraje donde antes de do movimiento de balanceo que tantos mareos produ- Veinte minutos más tarde, la diligencia, con su jin- —Es verdad... Merci, caballero.

—Debe usted decir "merci", porque estamos en Francia.

—Gracias.

cómodo domicilio he de tomar cumplida venganza de lo que me estás fastidiando.

Y continuó corriendo como galgo perseguido por una jauría de liebres.

Dos horas después jinete y cabalgadura entraban en París por la parte de las fortificaciones. Cruzaron la ciudad, silenciosa en aquella hora del mediodía y se detuvieron en una calleja del barrio de Passy que ya tenemos el gusto de conocer, porque en ella vimos jugar al diábolito a la loca Susana Graven.

Pegó el jinete tres aldabonazos, que retumbaron como garbanzos de pega, y la puerta de una casa señalada con el número 8 y señalada con varios descascarillados de la pintura se abrió para dar paso a un hombre de aspecto repugnante.

—Toma, Francciullo—dijo el jinete negro entregándole las riendas del caballo—. Mete el caballo en el baúl hasta que lo necesite otra vez.

Y dicho esto el jinete entró en la casa, se encerró en su despacho y se quitó el abrigo de entretiem po que le oubría.

Entonces se vió que no era otro que el vizconde Fabio de Contenney.

La escena que siguió, merced a la cual castigó a la infeliz niña raptada al fiel Mauricio, fué espantosa.

todo que quien serenataba bajo la reja era el vizconde el lamentable estado de su cerebro no pudo precisar del parecía recordar la voz... Si, sí... la recordaba. Pero en Al oír aquella voz maldita, Alicia se estremeció. Le bozo donde Alicia hacia encaje de bolillos.

guitarra cantó una linda serenata bajo la reja del cala- Y el infame vizconde bajó al patio, y al son de su —¡Bravo! Corro a entonar la serenata.

—¡Bravo! Corro a entonar la serenata.

aque! cadáver es el de Alicia.

—Todo el mundo ha creído, y el poeta con todos, que —¿Entonces?

en el gabinete de Alicia.

que se le parecía tanto, y coloqué a ésta en un féretro la rubia Alicia asesiné cuidadosamente a nuestra criada, —No temáis. Sé arreglar las cosas. Antes de raptar a des que el poeta Renato Machin de Mauregat la ama y... —Muy bien, Francciullo. Pero, ¿sospecharán? No olvi- labozo del patio.

nete, y desde esa hora la tengo encerrada en el ca- los condes de Atellier, rapé a la rubia Alicia de Bear- —Si, señor vizconde. Ayer noche, durante el sarao de ordenes?

paición. Y respecto al otro asunto, ¿se han cumplido mis —Mejor. Que fallezca. Así nos evitaremos esa preocup no podremos sacarla de allí jamás.

se me ha olvidado la combinación que abre la caja, y ya



El vizconde sacó de un armario un montón de "Pinochos" y le enseñó el paquete a la niña, la cual extendió sus manecitas gritando con júbilo:

—¡Pinochos! ¡Pinochos! ¡Qué bien!

Y cuando mayor era el júbilo infantil, el malvado vizconde comenzó a romper los Pinochos en trozos tan pequeños que ya era imposible su lectura.



Después, cuando ya la niña cayó, inanimada por el dolor, encima de una cómoda, el vizconde salió de la estancia y se trasladó a un saloncito. Allí le esperaba el hombre a quien aquel infame había llamado Francetullo. Y el siguiente diálogo se entabló entre los dos:

—¿Novedades?—dijo el vizconde.

—La loca, señor vizconde, se escapó ayer y estuvo jugando al diávolo en la calle durante un cuarto de hora.

—¡Canalla de Nápoles! ¿Y cómo has dejado que se escapase? ¿Habí con alguien al meros?

—Con nadie, señor. Recuerda que ella es sordomuda y los sordomudos no hablan casi nunca.

—Es verdad. ¿Quedó encerrada de nuevo?

—Quedó. Está en la caja de caudales. Por cierto que

LAS INFAMIAS DEL VIZCONDE

## CAPITULO V

La niña, a la vista de aquel desastre, cruelmente martirizada, gritaba:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Basta! ¡Ya no más!

Y el vizconde continuaba su horrible labor sin atender a tales gritos.

Pero renunciemos a seguir describiendo la escena. Era demasiado espantosa.

Y le negro jinete de la hopalanda, se alejaba al galope con su botín.

De debajo de su abrigo salía de vez en cuando una voz infantil, que decía:

—“¡Cómprame el Pinocho!”

¿Quién era aquel hombre?

## CAPITULO IV

LOS MARTIRIOS DE UNA NIÑA

Galopando incansablemente a campo traviesa es fácil llegar en dos horas desde los alrededores de Epinney a París, capital de Francia.

Tal fué lo que hizo el negro jinete misterioso al acabar de asaltar—según hemos visto—la diligencia que hacía el viaje de Madagascar-París y regreso.

El caballero ne la hopalanda grisácea picó espuelas con ambos pies a su cabalgadura y machacando con las patas del bruto extensos sembrados de remolacha avanzaba rápidamente.

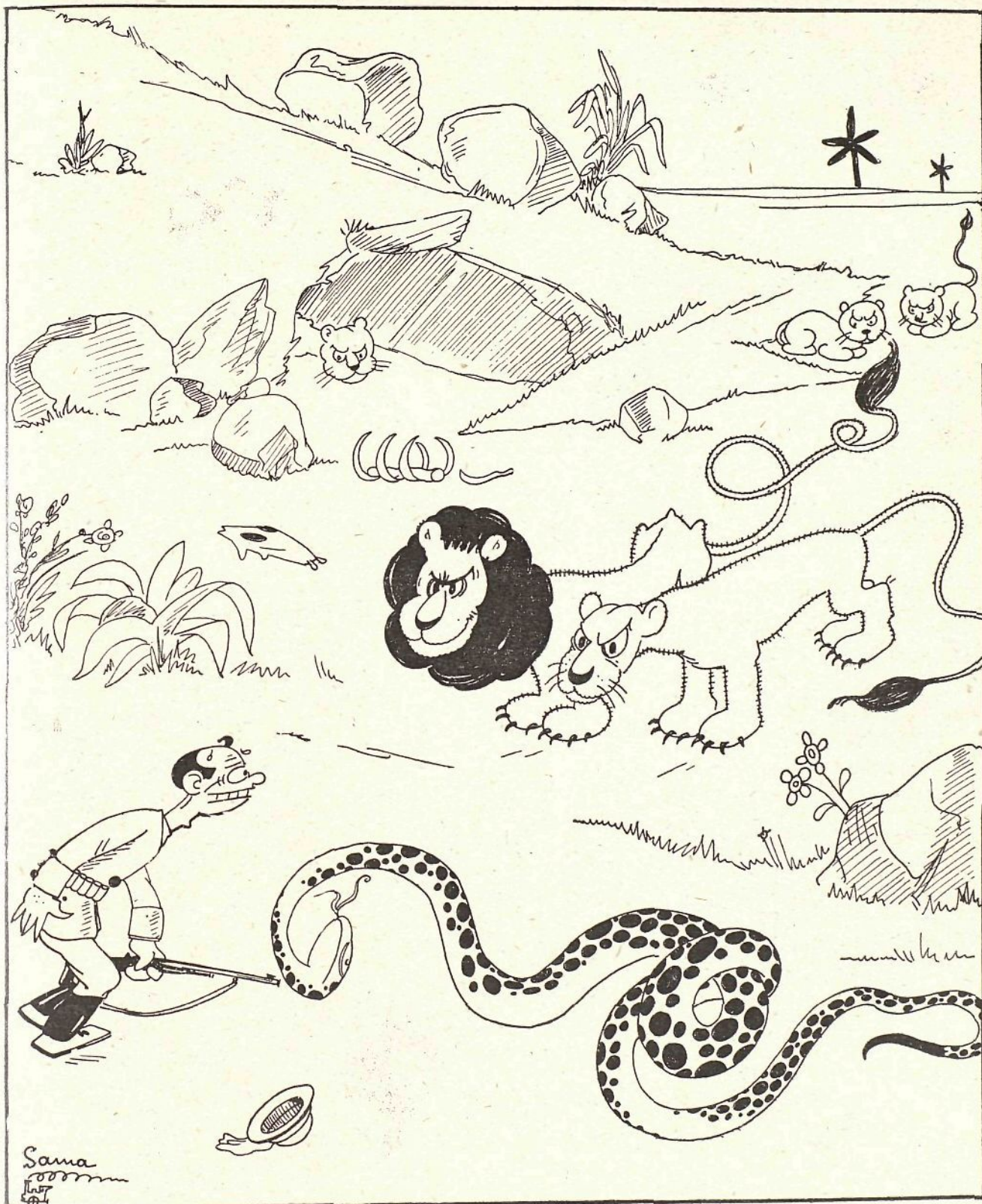
La voz infantil seguía sonando apremiante y apelmazada.

—Cómprame el Pinocho, cómprame el Pinocho...

Y el negro jinete misterioso rechinando los dientes de modo espantable, rugió:

—¡Calla, miserable, calla! ¡Ah! Me excitas mis delicados nervios. Mas yo te juro que así que lleguemos a mi





Los leones (al explorador).—¡Idiota! ¡Acabas de matar a la serpiente que nos daba el veneno para matar los ratones!

Dib. SAMA.—Madrid.





## Las Comedias de la Infelicidad

Sr. D. Antonio Azorín.

Admiradísimo amigo: "amigo" le llamamos porque nos proporcionó usted en esta vida ratos de emoción inolvidable y se nos metió usted en el corazón gracias a las horas perfectas, puras, limpias, que hubimos de pasar, allá en los tiempos lejanos en que éramos nosotros unos mozalbetes sin bigote y usted un estilista con toda la barba.

Le llamamos, además, "admiradísimo", porque nosotros le admiramos a usted de tal manera, de tan superlativa manera, que nos enfurece que usted deje de ser usted, y nos sublevamos, indignamos y ponemos fuera de sí cuando se pone usted fuera de usted; y usted, Sr. Azorín, se sale de usted—puede creernos—y se sale hasta de madre en cuantito que se asoma a los prosencios.

Pues decimos, amigo admiradísimo, que hemos ido a ver al Alkázár esa obra del ruso Evreinoff, llevada al francés por Nozière y por usted al castellano, y al

ver esta comedia, lo hemos, de pronto, comprendido todo. Aquellas lamentables comedias que usted nos propinó en diversas ocasiones eran, las pobres, tan "birria" por culpa, a lo que vemos, de los Evreinoff ultracaucásicos que le han servido a usted, acaso, de modelo.

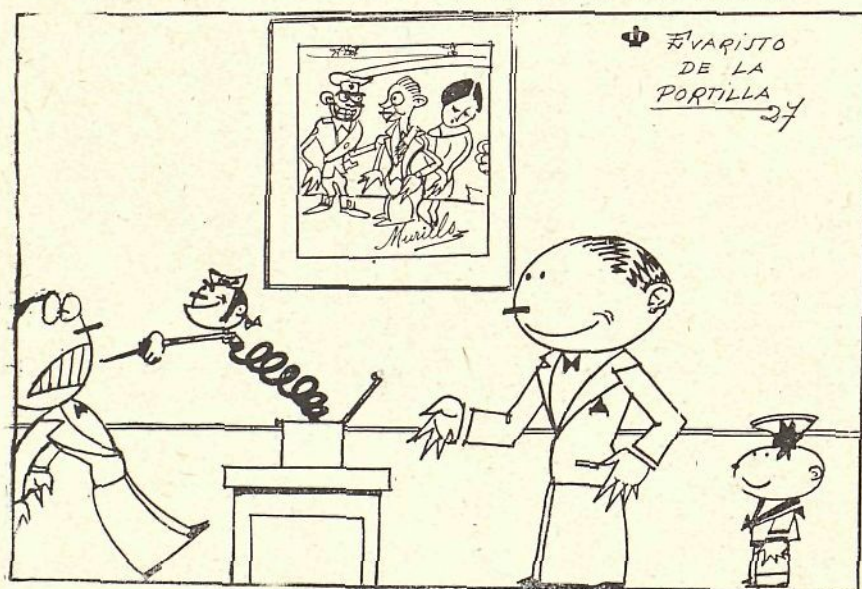
Ha pecado usted, Sr. Azorín, de modesto. Ha creído usted quizá que eran mejores las tartas moscovitas que los turrones de su tierra alicantina y así ha salido ello. Porque este buen Doctor que frogoliza, esta buena *Comedia de la infelicidad* parece enteramente—y no queremos ofender—una obra de teatro azorinesca. Flaquean aquéllas y ésta por los mismos puntos: se parecen todas ellas como una gota a otra gota, entendiéndose que nos referimos al hablar de "gota", a la gota militar o a la reumática: a unas gotas que a nadie deseamos.

Sus obras teatrales, Azorín, se parecen a estas obras, y en cambio no se parecen a usted ni por el forro.

Recapacitemos, Antoñito. Al Doctor Frégoli y a la comedia entera de la felicidad, todo se le vuelve cambiar de traje cada dos minutos. Esto es infantil. Aunque la mona se vista de seda, mona se queda. Si la comedia fuera mona, mona se quedaría con uno o con otro traje; pero ustedes en esa comedia nos han dado un mico más bien que una mona.

Las mujeres, en general, creen de ordinario que toda la comedia depende de quitarse y ponerse los vestidos. Pero en el mundo hay más. No basta hacerse el Frégoli y aparecer, como aparece en la *Comedia de la felicidad*, nuestro buen protagonista, ya con disfraz de Cartomántico, ya con disfraz de Arlequín, de Doctor y de Empresario. El Frégoli de veras, el auténtico, fué admirado por los públicos en calidad de habilidoso, prestidigitador de sí mismo, estuche y resumen vivo de varietés multiformes; pero no pudo ser nunca incorporado—ni creemos que jamás lo pretendiera—a la dramaturgia de altura. Frégoli no adquiere—como es lógico—más elevación porque le pongan un Doctor delante. Si fuera una Doctora, menos mal; pero un Doctor, no procede.

En la *Comedia de la felicidad* se visten de máscara unos cómicos para representar en la vida la comedia que cada cual necesitamos y darnos de ese modo un poco de ilusión. Evreinoff se figura que esa comedia es la suya. Es muy dueño de figurarse lo que quiera. En el mundo según él, es muy necesaria la ilusión; y él, en vista de eso, procura hacerse la ilusión de que la comedia que él ha imaginado dará la felicidad a cuatro pobres diablitos de casa de huéspedes. Quizá. Los trucos, los listismos, las filosofías de esa obra, son, efectivamente, propios de una casa de huéspedes modesta. De lo más baratito que se expende. Representada al por menor; en las propias casas de huéspedes, acaso... Tal vez allí pueda ese manjar mantener la competencia con los manjares que co-

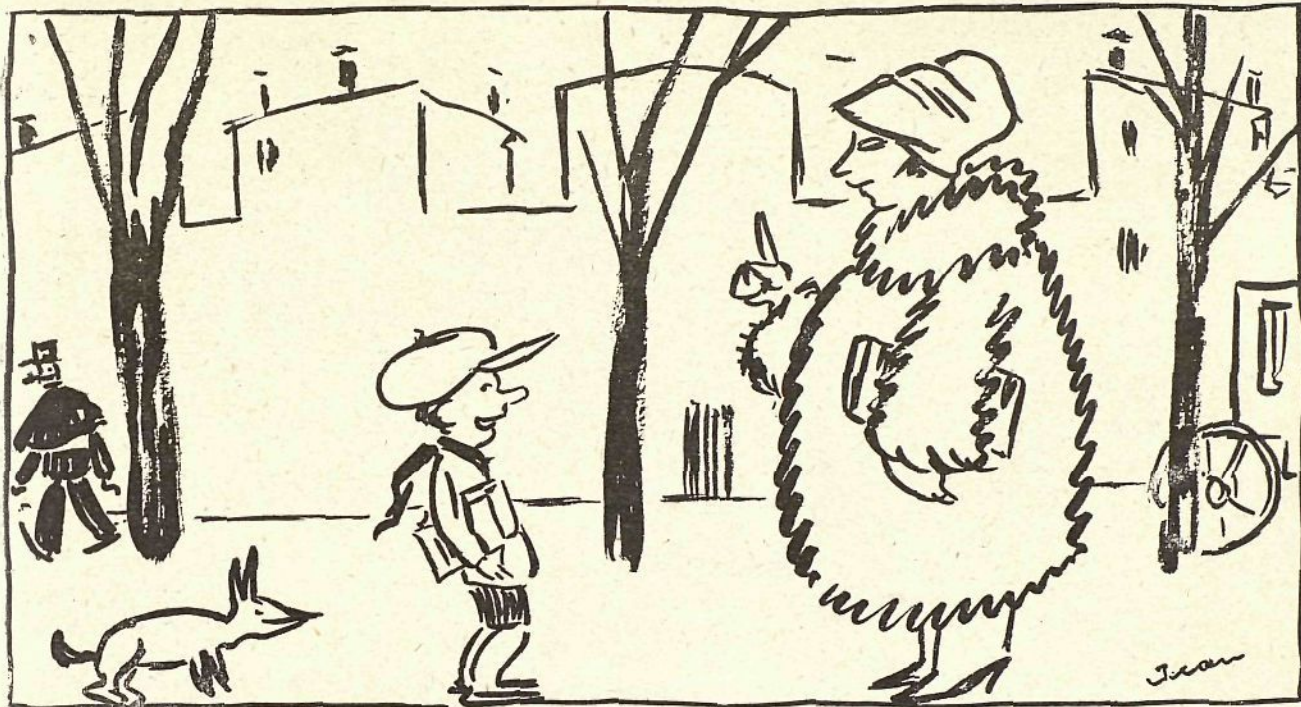


Dib. LA PORTILLA.—Buenos Aires.

—Oye; ¿no es una caja de sorpresa?

—¡Hombre, claro!... ¡Salta a la vista!





Dib. JEAN.—Bilbao.

Ella.—Si fueses en un tranvía completo y entrase una señora, ¿qué harías?  
El peque.—Pues me haría el distraído.

cinan las patronas. Para usted, gran Azorín, para estímulo y ejemplo de usted, no pueden, a nuestro juicio, servir de nada esas obras. Hay un algo, que se llama "lo ramplón", y hay un algo, que se llama "la cursilería", y el uno y la otra han sido desposados por nuestro ruso amigo, cambiándolos de traje—como suele hacerse en las bodas—cuatro o cinco veces durante la jornada.

Aquellas cualidades, gran maestro, que han hecho de usted el *Azorín* glorioso indiscutible, se dan de cachetes con las preceptivas pseudofilosóficas del buen Evreinoff. "La vida es prosaica—viene a decir—; hay que introducir en ella la ficción, la mentira, la farsa, la fantasía." No lo discutiremos nosotros; no, por Dios. Nos limitaremos a pensar que usted, gran *Azorín*, supo hacernos felices tiempo y tiempo hablándonos tan sólo de detalles prosaicos, menudos, triviales, insignificantes, de la vida. El jaleo del tren; el pito de la locomotora; el farolillo rojo del furgón de cola; una puerta de taberna que se abre y se cierra, dejando ver en ese instante la algarazara in-

ter-r; los alambres del tranvía que zumbonean; las campanas del tranvía que tintinean, metálicas, insistentes; un pregón; un grito, opaco, mate, en el irio crudo del alba; el herrero que abre su tienda; los comerciantes que salen a la puerta de la calle; el viejo del bastón de puño de plata que va al casino y sale del casino; las palmeras del paseo delante de la terraza del casino; Juanita, Paquita, Justina, que bordan en su casa y no dicen nada nuevo; el hidalgo que ve pasar las nubes, y el licenciado Vidriera que frente a su casa, por todo gran espectáculo, mira cómo da el sol, cómo da menos el sol, cómo se va, por fin, el sol en la tapia de delante de su casa.

Si nació en el mundo un hombre con aptitud maravillosa para cazar moscas al vuelo—las moscas más vulgares, los minutos más prosaicos—y hacernos ver, con sólo clavarlas en el papel de sus libros, que cada minuto prosaico de la vida era un prodigio; si nació algún hombre en el mundo dotado para realizar ese milagro de encantarnos con sólo decir: "Ahí va esa mosca". fué usted, gran

*Azorín*. Y mire usted por cuánto se le ha puesto a usted en la cabeza, cuando habla por su cuenta y cuando habla por los Evreinoff de este mundo, convencer-nos de que hacen falta en la vida muchos disfraces, muchos trucos, muchas ficciones, cabriolas, piruetas y farandulerías exóticas; lo contrario precisamente, *Azorín* nuestro, de cuanto ha sido admirablemente azorinesco en su arte.

Deje a los Evreinoff; háganos caso. La mentira será necesaria; la ficción será recomendable; pero hay grados y límites: entre un duro sevillano—o un rubio—y un duro "de los buenos", de los aceptados en la prosa de la vida, acepte el duro, amigo, que, por duro que parezca, es al fin y al cabo, de ley. Las perlas de los chinos no son más apreciadas que las de verdad; la ficción en estos casos no vale ni siquiera en las casas de huéspedes.

Le felicitamos a usted, sin embargo, y a la Empresa del Alkázar—*sum cuque*—

BUEN HUMOR

se vende en Medellín (Colombia) en la  
Librería y Papelería de Antonio J. Cano



por la importación de esta obra. Quedó demostrado con ello que las gentes no se asustan tanto como se pretende, y que emplean las manos en aplaudir y no en llevárselas — inoportunamente — a la cabeza.

Han hecho bien, requetebién, en traer esa obra, porque todas las obras que corren por el mundo deben venir por estas tierras, sean buenas o sean regulares; primero, porque debemos verlas, y segundo, porque puede que todos estas cosas que decimos nosotros al juzgar las obras sean más tonterías que las propias obras. Los dramaturgos serán malos, pero nosotros, los comentaristas, somos pésimos. La verdad siempre y ante todo. Aunque se incomode Evreinoff.

Felicite usted también a la gente del Aikázar; esa Irene Alba es un encanto incluso cuando tiene, como ahora, sólo

dos palabras; esa Carmen Ortega está como para que nos contratemos en la Compañía del Doctor y nos cure; esa Carmen Sanz nació resaladísima y sigue sin novedad; ese Juan Bonafé es la finura natural andando y cambiándose de trajes; ese García León, y Perales, e Hidalgo, y etc., son unos cómicos buenísimos... La verdad ante todo y sobre todo.

Evreinoff nos dice que en la vida tenemos el deber de mentir; pero en esta ocasión nos es grato — como, ¡ay!, en otras varias — faltar a nuestros deberes.

MANUEL ABRIL

**FRICOT**

POLVOS NENS. Evita las escoriaciones. Excelentes para la piel. Venta en perfumerías, farmacias y droguerías.

F. Betrián, Hospital, 113. Barcelona.



De London Opinion

La visita. — ¡Qué mujeres tan bellas pinta su esposo. ¿Quién le sirve de modelo?

La mujer del artista. — ¡Yo!

## CHISTES DE TODO EL MUNDO

—¿Por qué pones "Personal" en el sobre de esa carta que escribes a Durand?

—Porque quiero que la abra su mujer.

(De Pèle Mèle, París.)

—Yo acostumbro a beber solamente en dos ocasiones.

—¿De veras?

—Sí; cuando llueve y cuando no llueve.

(De Staffordshire Sentinel.)

*El amo.* — Voy a aumentar su sueldo en cinco libras este año. Ha sido usted notablemente correcto y cuidadoso durante los doce meses pasados. No ha cometido usted la menor equivocación.

*El tenedor de libros.* — Solamente una.

*El amo.* — ¿Cuál?

*El tenedor de libros.* — Creer que iba a tener un aumento de diez libras por lo menos.

(De Glasgow Evening Citizen.)

*El señor.* — ¿Va a salir mi mujer, Rosa?

*La doncella.* — Sí, señor.

*El señor.* — ¿Y sabes si voy a salir con ella?

(De Aussie, Sydney.)

—¿Llego tarde para el expreso de Marsella?

—Al contrario; llega usted muy temprano.

—¿Cuánto tiempo tengo que esperar? Son las siete ahora.

—Hasta mañana por la tarde, a las 6,55.

(De Pèle Mèle, París.)

*El padre.* — ¿Has dicho a nuestra hija que no recibirá un céntimo de nosotros si se casa con ese novio que tiene?

*La madre.* — He hecho otra cosa mejor: se lo he dicho al novio.

(De Lustige Kolner Zeitung, Colonia.)

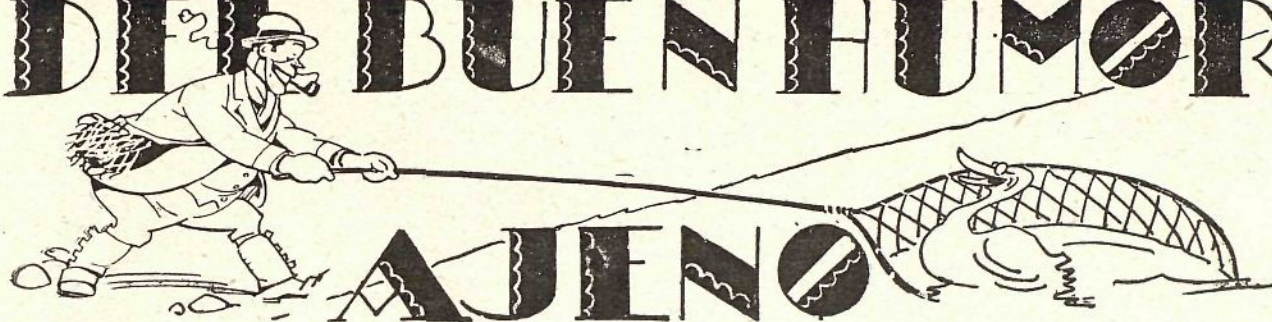
*El juez.* — ¿Por qué golpeó usted tan inhumanamente a su mujer?

*Acusado.* — Es que soy sordo, y si la golpeaba con poca fuerza no oía sus gritos y no sabía si la había pegado bastante.

(De Pathfinder.)



# DEL BUEN HUMOR



## LA S DISTRACCIONES, por Federico Bontel

Preocupado por uno de los problemas que tenía que resolver en su laboratorio, Claudio Lixtinec volvió a su casa a pie, sin reparar en la pesada lluvia que caía.

—¡Qué mojado vienes!—le dijo Cecilia, su mujer—. ¡Estás hecho una sopa!

—¡Ah!, ¿pero... llueve?... No me había dado cuenta...

—¡Qué distraído eres!

Y al decir esto su mujer, le besó amorosamente y le despojó del abrigo, que, realmente, estaba chorreando.

Cenaron, y en cuanto tomaron el café, Claudio se levantó, como todas las noches.

—Voy a mi despacho; tengo que trabajar—dijo a su mujercita.

Desde hacía cuatro años que se habían casado, noche por noche se repetía la misma escena. Al acabar de cenar, el marido se ponía a trabajar en su despacho hasta horas bastante avanzadas de la madrugada.

Unos minutos después volvió a comparecer Claudio, llamando a la criada:

—Mis zapatillas. ¿Dónde están mis zapatillas?—preguntó.

La doncella salió presurosa para buscarlas. También lo hizo su esposa, que en el pasillo encontróse con él.

—¿Qué te sucede?

—Llevo más de un cuarto de hora buscando mis zapatillas y no las encuentro.

¡Qué fastidio!

—¡Pero si las llevas puestas!

Era verdad.

—Eres cada día más distraído—le regañó su esposa—. No sé adónde vamos a parar. ¡Parece mentira: un hombre joven!...

—Soy menos distraído de lo que crees—repuso Claudio, algo molesto.

—¡Menos distraído!... Si sales a la calle, lo haces muchas veces sin la corbata; si quedamos citados para ir a al-

guna visita, se te olvida venir a buscarme... ¿Quieres más?...

Y siguió regañándole por sus distracciones hasta que él volvió a su despacho.

Cecilia recordó entonces haber leído la historia de un hombre célebre, y a quien su mujer cogía diariamente una pequeña cantidad, con la que consiguió formar la dote de una hija. Y se dispuso a imitarla.

En efecto: todas las mañanas le sus- traía del bolsillo del pantalón una pequeña suma, con la que al cabo del tiempo tenía pensado comprarle un reloj de oro, y que iba a ser para Claudio la prueba más patente de su distracción.

Pasaron los días, las semanas y los meses; la cantidad de que Cecilia había logrado apoderarse aumentaba rápidamente, y a medida que aumentaba disminuía la intención de comprarle un reloj a su esposo y se hacía cada vez más firme su deseo de tener un abrigo de pieles.

Y llegó diciembre, la época en que Claudio tenía la costumbre de hacer un obsequio en metálico a su mujer, y éste no pareció acordarse de semejante cosa.

—Será otra distracción más—se dijo Cecilia—; pero yo se lo recordaré.

Y en efecto, aquella misma noche le dijo:

—Claudio: veo que ya no soy para ti lo que era antes... ¿Te has olvidado de mi regalo anual?... Veo que ya no te preocupas de mí.

Y al decir esto sus ojos se llenaron de lágrimas. Claudio protestó:

—¡No tienes razón!... Te aseguro que no he olvidado el obsequio. Desde el famoso día de las zapatillas hice decisión, para no molestarte, de no ser ya un hombre distraído. Por consiguiente, he ido sumando cuidadosamente el dinero que me has cogido del pantalón... Debes tener unos dos mil francos... ¿no?

—¡Antes eras un distraído, pero ahora eres un hipócrita!—chilló ella.

Y llorando a lágrima viva, fué a encerrarse en su gabinete.

R. C. R.



De The Passing Show.

—¿Qué te ha regalado tu padre por el día de tu santo?

—Una máquina de afeitar.

—¡Pero si tú no necesitas afeitarte aún!

—Es que mi padre la usará hasta que yo la necesite.





## EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en uno aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes".

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los Premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los chistes.

### AMADOR

FOTOGRAFO

PLERTA DEL SOL, 13

—Pues mi abuela tuvo un niño después de los setenta años.  
—¡N. puede ser! ¡A esa edad!

—Sí que estaba la pobre muy floja, pero lo tuvo un buen rato y luego se lo volvió a dar a la niñera.

Pedro Crespo.  
Pinoso (Alicante).

—¿Por qué cuando escribes al abuelito haces las letras tan grandes?

—Muy sencillo. Porque es sordo.

Lolita Ríos.—Madrid.

### Joaquín PRESA

Madrid-España.  
Fajas-Sostenes-Corsés.

Sin recibir el pedido hecho a usted, ya más de un mes. Como señal de protesta, por no recibir corsés, van pelo suelto señoras y con medias al revés. Remita urgente pedido... ¡a ver si va a poder ser! Petrogrado, 24.  
Fajoskycorsésostén.

Un rabino casado mantiene relaciones ilícitas con una mujer de su raza. Su amigo Moisés lo sabe.

Cierto día lo encuentra en la calle y dice:

—¿Adónde tan a prisa, amigo?

—A comer, Moisés.

—Pues aligera, porque las judías se están pegando.

E. P.—Madrid.

RON BACAR)

El premio correspondiente al número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—Petición de mano:

—¿Y pretendería usted igualmente casarse con mi hija

en el caso de que yo no la entregase ninguna dote?

—Exactamente igual, caballero.

—Entonces, no puedo concedérsela, no quiero que haya idiotas en mi familia.

J. G. G.—Madrid.

### CLICHES

se venden a precios módicos los  
publicados en este semanario

En una fotografía entra un cliente muy malhumorado y dice:

—Vengo para que inmediatamente quite usted mi fotografía del portal. ¿Qué significa eso de poner debajo de mi efigie: "Tres como éste, una peseta"?

Amalia Sánchez.—Málaga.

A un condenado a muerte le dice el director de la cárcel:

—Es costumbre acceder a la última voluntad de los condenados; de manera que si quiere algo...

—Quisiera aprender el inglés...  
Angel del Castillo.

—¿Has visto "Ben-Hur"?

—Hombre, es muy caro. ¿Cualquiera le hinca el diente!

—Como que lo dan en-Callao.  
Julio Alonso.

—¿Por qué lloras, niño?

—Porque me ha pegado mi padre.

—¿Y por qué te ha pegado tu padre?

—Porque es más fuerte que yo.  
Kruz.—Zumaya.

En la taquilla de un teatro:

—Deme un paraíso.

—Usted no puede entrar.

—¿Por qué?

—Porque va usted hecho un Adán.

Eulogio Rodríguez.

En un estanco:

Entra un baturro a comprar un sello, y al ver lo abultado de la carta le dice el estancero:

—Esta carta excede del peso reglamentario... Tendrá que poner otro sello...

—¿Otra qui Dios!—dice el baturro—, pues si le pongo otro sello aun pesará más!

Rosellillo.—Monzan.

—¿Cuáles son los que aprenden con más facilidad a bailar el "charleston"?

—Los camareros; porque están muy acostumbrados a hacer filigranas con las rod'illas.

Manuel Estrada.—Madrid.

En el Tercio:

A un nuevo legionario, pasado de otro Cuerpo, se dirige el sargento y le pregunta:

—¿En qué Regimiento serviste antes, muchácho?

El nuevo héroe, que es tartamudo, le responde:

—En el de... de... Co... Co... Co... Co...

—Sí, sí... Comprendido. En el Regimiento de los pavos.

Fausto Grat.—Riffien.

Entre amigos:

—¿Queréis venir a tomar café?

—Gracias; vete tú si quieres.

—Es que no me gusta tomarlo solo.

—Pues tómallo con leche.

José Arteche.—Pamplona.

Predicando en cierta ocasión un sacerdote, con motivo de la fiesta de la Inmaculada, decía de esta forma a sus feligreses:

—¿Véis ese azul purísimo de nuestro cielo? Pues así es el manto de la Santísima Virgen

—¡Ridiez!—exclamó un baturro que se encontraba entre los fieles.— ¡Con un mantico así no pasará frío, me paice a mí!

Galabán.—Madrid.

Serie de desgracias.

Una señora está haciendo una cataplasma y, sin querer, mete un dedo en ella.

Como medida de limpieza sacude el dedo y se da con él contra un mueble duro, haciéndose daño.

El dolor le hace llevarse instintivamente el dedo lesionado (y no muy limpio) a la boca.

Y en vista de eso, tiene además que escupir.

Cicatrizante.—Arnao (Asturias).

—Chico, qué fuerte te encuentro.

—No he de estarlo, ¡vive Dios!, si como mejor que nadie

en "El restaurant Rosón"...

Una pareja de la Guardia civil llevaba atado a un gitano, y detrás del grupo marchaba la mujer del preso, llorando muy desconsolada.

## DANDY

La mejor crema para el calzado



# OZONOPINO RUY-RAM

Una señora transeunte, al ver el cuadro, exclamó compasivamente:

—¡Pobrecito! ¡Qué habrá hecho!

Y contestó la gitana:

—¡Na, señorita, no ha jecho na! ¡Que le ha dao una puñalá a un señorito..., y como los señoritos son tan delicás, se ha muerto!...

R. R. R.—Sevilla.

## SUSPIROS DE ESPAÑA

Vino de damas; exquisito para meriendas

Bodegas de LOS CEAS

Pepito llega tarde a su casa, y su hermana le pregunta:

—¿Por qué vienes tan tarde?

—Es que he estado jugando al cartero. He dado a todos los vecinos una carta.

—¿Y de dónde has sacado las cartas?

—¡De dónde va a ser! ¡De tu armario! ¡Las que estaban atadas con una cintita azul!

Taquimeca.—Madrid.

En un accidente marítimo.

Un naufrago.—No os apuréis por mí. Yo no me ahogaré. Tengo un riñón flotante...

E. de U.—Bilbao.

—¿En qué se parece un panecillo a una pieza de pana?

—En que los dos los fabrican en las panaderías.

Angel de los Santos.

Almadén (Ciudad Real).

Carlitos, a quien llevaron la vispera a un sermón, en el que el predicador habló con insistencia de la escala de Jacob, dice a su papá:

—¿Sabes que anoche tuve un sueño muy raro?

—¿A ver, cuéntalo!

—Pues soñé que veía una gran escalera que iba de la tierra al cielo, y al pie de ella había un ángel con una cesta llena de barras de tiza, de las cuales daba una a todo el que subía, con el objeto de que en una enorme pizarra que estaba en las nubes hiciera una rayita por cada pecado que hubiese cometido en su vida.

—¡Muy interesante, hijo mío! ¿Y qué más viste?

—Cuando llegó mi turno, el ángel me alargó una barra para que marcara mis pecados; pero al subir la escalera, ¡plá!, me tropecé con alguien que bajaba apresuradamente.

—¿Y quién era?

—Eras tú, papá, que bajabas por más tiza...

Márquez Angel.—Barcelona.

En la puerta de un cine:

El mendigo.—Oiga usted, caballero, que me ha dado una moneda falsa.

El generoso donante.—¿No dice usted que es ciego?

El mendigo.—No, señor. El ciego es mi hermano, que está ahí dentro viendo una película.

E. O. C.—Calahorra.

Una mamá reconviene a su hijo:

—¡Niño, te comes el pastel sin pensar siquiera en tu hermano que está en el colegio!

—¡No, mamá! ¡Al contrario: pienso la mar! ¡Figúrate que viniese ahora y tuviera que repartirlo con él!...

Fernando Salvo.—La Coruña.

En un teatro:

El acomodador ve sentado en un palco a un baturro.

—¿No estaba usted en palcos?

Sí, señor.

—¿Y cómo está usted ahora en palco?

—Mu sencillo: como llevo entrada general, me pò sentar en donde me dé la gana.

KK-U-ET

Diálogo:

—Ahí va la novia de Pepe, que es una imbécil.

—¡Y tanto! ¡Como que él se está pareciendo a Italia!

—¿Por qué?

—Porque Ve-necia todos los días.

José Santos Ríos.

Bueu (Pontevedra).

Un atracador, revólver en mano, pregunta a un transeunte:

—Me hace usted el favor de decirme qué hora es?

El transeunte contesta:

—Si no le es molesto, pregúnteselo a un compañero suyo, que es el que tiene mi reloj hace un ratito.

Pedro Leniz.—Bermeo (Vizcaya)

—¿En qué se parece el sol a una garlopa de carpintero?

—En que da primero en los altos que en los bajos.

G. Hernández.—Sanatorio de Tablada.



—¿Ese perro, es de usted?

—No.

—¿Pues se le parece!...

Ayuntamiento de Madrid. De The Humorist.

## CUPON

Correspondiente al núm. 324 de BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea

**HERNIAS**  
Bragueros científicamente.  
: J Campos  
único MEDICO  
ORTOPEDICO  
de MADRID  
Agusto Figueroa 8

## CAÑAS



INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos a su color primitivo. Venta todas partes y autor N. López Caro Santiago; y Sucursal de Barcelona, Caspe, 32, donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Cuba, pidase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro. República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.





# CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

**E. F. G. Madrid.**—Seguiremos sin conseguir el anhelado acierto.

**Santos. Valladolid.**—¡Por todos los santos, Santos! ¡No nos vuelva usted a mandar más cosas, hasta que aprenda a hacerlas, que me parece que va para muy largo!...

**Jacobi Salama. Melilla.**—Eso es demasiado inocente para nosotros. En un periódico, leído únicamente por frailes descalzos, creemos con toda sinceridad que tendría mejor cabida... Y para otra vez, no sea usted tan ingenuo. Las cosas, o hacerlas con todas sus consecuencias, o no hacerlas. Esto último es lo mejor.

**Charles Rob. Burgos.**—Ha tenido usted la inmensísima desgracia de salir perdiendo con su *Partida de tute*.

**N. P. San Sebastián.**—¡Marrano que te eres o así! ¡Imbecilidad que te tienes! ¡Cesto que te estás!

**L. G. M. León.**—No nos conviene su *Criado económico*, a pesar de lo económico que resulta.

**C. J. J. Madrid.**—Su cuento tiene un cierto tufillo extranjero que nos escama. No decimos que... ¡Dios nos libre!... pero, vamos, nos parece... juraríamos que alguna vez...

¿Usted qué opina? ¡Con franqueza! ¡Díganos la verdad, que nosotros no se lo contamos a nadie, palabra de honor!...

**Fernán Jai. Madrid.**—Hemos admitido, en un rapto de enajenación mental, su siderúrgico articulete. Que sea enhorabuena y que pase usted felices pascuas (y claro está que nos referimos a las del año que viene).

**El bardo Leonardo. Madrid.**

Es usted algo palurdo, mi admirado Leonardo. Y, por tanto, más que bardo, debía llamarse burdo.

**Gaetano Girgenti.**  
¡Oh, Gaetano Girgenti, como nos has fastidiado!  
¡Caro amigo, qui esperpenti es lo que nos has largatto!

**El ciego de Buenavista.**—¡Dios le ampare, hermano!... ¡Y cómo se conoce que es usted ciegucecito!... ¡Porque es que no mira usted lo que hace!...

**P. M. S. Madrid.**—Sus satirizadas cuartillas no tienen más mérito que ése: que son satirizadas. Bien es verdad que lo que en ellas se dice también es suave. En fin; que es todo de una tersura que conmueve. ¡Lástima grande que no podamos publicarla, pero no nos atrevemos por la multa suavisísima que se nos vendría encima si osásemos hacerla!

**A. G. M. R. Madrid.**—Pasan al cajón de las cosas admitidas dos narraciones de las tres que nos envió últimamente.

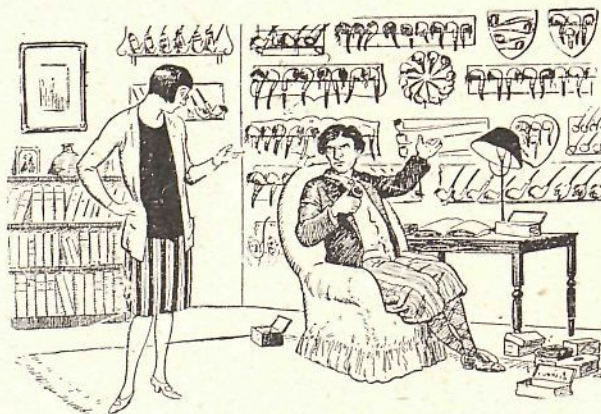
**T. N. N. Valencia.**—Su nueva remesa (esta vez sólo de cinco artículos) tampoco ha logrado conmover nuestro duro pecho. ¡Si con las mujeres hermosas tiene usted la misma suerte que con nosotros, está usted categóricamente apañado, querido amigo!...

**L. P. S. Badajoz.**—Le vamos a dar una tristísima noticia: *Los hijos* han ido al cesto. Pero debemos añadir una cosa en nuestro descargo, y que no estamos dispuestos a callarnos: ¡aunque se trate de sus hijos, sepa usted que son muy malos los pobrecitos!

**C. de N. Palma.**  
Ese *Elogio de Boccaccio* nos resulta un *mamarraccio*.

Lista patética de los trabajos literarios, y nombres

de sus autores, que en estos últimos exámenes han sido desestimados, con harto dolor de nuestro sensible y blandísimo corazón.—Forman el atribulado grupo las siguientes ingeniosas producciones y los estupefactos confeccionadores de arte que se citan: *El timo del violín* (por Manolo, de Oviedo); *El compositor de zarzuelas* (por G. M., de Valencia); *Cuento* (por F. P. Abad, del Puente de Vallecas); *El traje de marinero* (por Socarratus Escarlatinatus, de Gijón); *El origen de una frase* (por M. Carbajosa, de León); *Señores, hay que estar prevenidos* (por Koly); *Paso cómico que no pasa y Acaban de dar las dos en el reloj*... (por R. M.-L. A.); *Fatalismo*, por F. P., de Madrid); *Una aventura de don Camilo* (por Trikitake, de Cádiz); *Conversaciones de casino* (por Don González, de Madrid); *Mi desgracia* (por F. A. M., de La Línea); *Agua que no has de beber*... Retazos, Examen de Geometría y Lamentación (por Rompe Rasga, de Madrid); *Muerte, limpieza y remedio* (por A. R., de Chilches); *El colmo de la limpieza* (por Elorriaga, del Puente de Vallecas); *Mi amigo distraído* (por C. Oddone, de Barcelona); *El ciclismo ingenuo y sentimental* (por Gori Muñoz, de Madrid); *Carta de un literato incipiente a un director sonriente* (por Alejo Kuffrokui, de Tetuán); *El sabio profesor y La excursión* (por A. de A. y S., de Madrid); *Haciendo el indio, o el descubrimiento de América* (por A. C. y M. O., de La Coruña); *Un niño jueguista* (por P. Z., de Madrid); *Como el hombre manda en su casa, la mujer quiere mandar en su pelo* (por Don Razones, de Melilla); *¡Qué mundo!* (por Bonetizans, de La Coruña); y, para finalizar con esta serie de desgracias, *Los castigadores de Valdelarina y Definiciones originales de personas, cosas y animales* (por L. D. S., de Madrid).

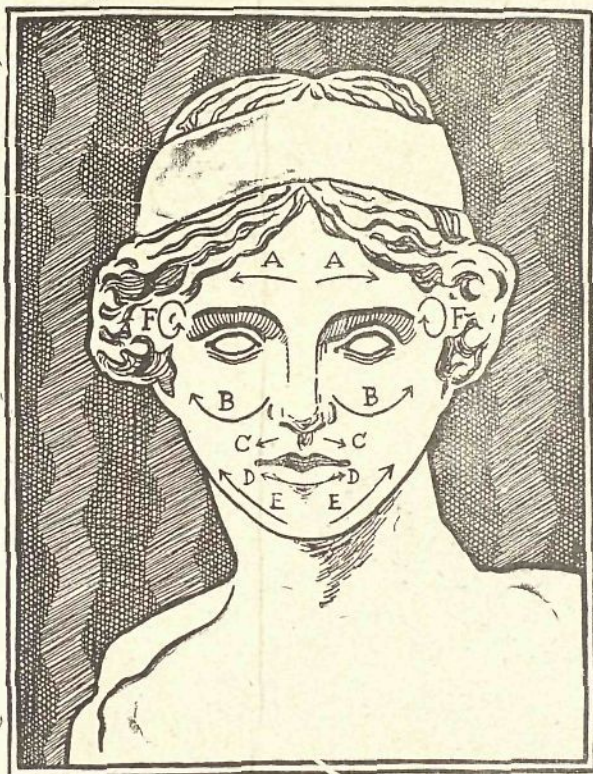


De The Humorist.

—Pero ¿otra vez fumando, Jorge? Me dijiste que no fumarías más.

—Te dije, querida, que acababa de llenar por última vez esta pipa, pero ten en cuenta que no he llenado aún ninguna vez esas 94 que hay ahí





# CREMA

# LIDA

# RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID



# BUEN HUMOR



Ayuntamiento de Madrid

[Dib. BOROBIO.— Mad, id.

—A mí todas las semanas me cambia al: ún pañuelo la lavandera.  
No te preocupes, los pañuelos van bien a todas las narices.